

sada. Veámos, ¿hay aquí alguien que tenga avena por vender? Nos hace mucha falta para el ganado.

Adelantose un aldeano contestando afirmativamente á la pregunta, y en tanto que el general ajustaba el precio, el sub-prefecto y el hombre de la galleta se alejaron sin excitar la menor sospecha. Ya habrán conocido nuestros lectores que aquel hombre era Courtin.

La conversación que éste había tenido con su amo el baroncito le había dado mucho en qué pensar. Parecióle que una delación lisa y llana no era lo que más convenia á sus intereses, pues podía muy bien acontecer que el gobierno no se curase de recompensar los desvelos de un subalterno tan ínfimo, en cuyo caso hubiese ejecutado sin provecho una acción sumamente peligrosa, concitándose el odio de los realistas, muy numerosos en aquel distrito. Entonces le ocurrió la ingeniosa combinación que después comunicó como hemos visto á Juan Oullier. Imaginaba el astuto labriego que favoreciendo los amores del baroncito, conseguiría sacar de ellos un razonable partido, conciliarse al mismo tiempo la benevolencia del marqués de Souday, cuyas ambiciosas miras creía halagar con este enlace, y recibir de esta manera un buen pago de su discreción, sin la cual corría inminente riesgo una cabeza que á su parecer era de gran precio para el partido realista.

Ya hemos visto cómo acogió Oullier las proposiciones de Courtin; así es que al ver el colono frustrado lo que le parecía un magnífico negocio, decidióse á probar fortuna con el gobierno.

XVIII

LA ASONADA

Media hora después de la conferencia del sub-prefecto y Courtin, recorrió los grupos un gendarme que iba en busca del general, á quien encontró departiendo amigablemente con un pordiosero cubierto de andrajos. El gendarme habló al oído del general, quien volvió á toda prisa á la posada

del *Caballo blanco*. A la puerta le aguardaba el sub-prefecto.

—¿Qué ocurre? preguntó el general al ver su semblante gozoso y satisfecho.—Buenas nuevas, mi general.—Sepamos.—Os participo que el hombre de la galleta es muy ladino.—¿Eso os asombra? ¿Y cuál de ellos no lo es? El más lerdo daría mil vueltas á Talleyrand; ¿qué os ha dicho el ladino?—Anteanoche vió entrar en el castillo de Souday al conde de Bonneville disfrazado de aldeano, acompañado de otro aldeanillo que tenía todas las trazas de mujer.—¿Y qué?—¿Y qué? Ya no queda duda...—Acabad, señor sub-prefecto, ¿no veis que estoy en ascuas? respondió el general con el tono más sosegado del mundo.—A mi ver, está fuera de duda que esa mujer es la princesa.—Que esté fuera de duda para vos, sea; pero no para mí.—¿Por qué, mi general?—Porque yo también he tenido confidencias, y...—¿Espontáneas ó involuntarias?—¿Quién es capaz de asegurarlo tratándose de esa gente? El sub-prefecto se encogió de hombros.—En fin, ¿qué os han dicho?—Nada.—Entonces...—Al dejáros he acabado de cerrar el trato de la avena.—¿Y luego?—El aldeano me ha pedido que le diese algo en arras, á lo cual he accedido considerándolo muy justo; pero yo por mi parte le he exigido un recibo, garantía no menos justa. Él quería extenderlo en casa de un mercader; mas yo le he hecho observar que no era necesario: tomad, ahí tenéis un lápiz, le he dicho; vos tendréis en la faltriquera algún pedazo de papel, y si no sabéis dónde apoyaros, mi sombrero servirá de mesa. Entonces ha rasgado una carta y me ha entregado el recibo. Hélo aquí:

«Recibí de D. Juan Luis Robier la cantidad de cincuenta francos á cuenta de treinta sacos de avena que me obligo á entregarle el 28 del corriente.

»Hoy 14 de mayo de 1832.

»F. TERRIEN.»

—Por ahora, dijo el sub-prefecto, no veo ningún indicio que pueda darnos luz sobre...—Volved el recibo.—¡Ah! eso ya es diferente.

El papel en cuestión era la mitad de una carta rasgada, y en el dorso leyó el empleado las siguientes líneas:

arqués,
 inmediatamente la noticia
 la que esperamos
 en Beaupays el 26 por la noche
 presentados á *Madama*
 vuestra gente bajo la mano
 respetuoso.

«—¡Diantrel exclamó el sub-prefecto, ¿sabéis que esto anuncia una sublevación? No sería difícil reconstruir esos períodos incompletos.—Nada más fácil.—Quizás demasiado; pero ¿qué diablo me decíais no há mucho ponderando la sagacidad de esa gente? Yo por el contrario observo en ella una candidez que me pasma.—Aguardad, que aun hay más, dijo el general.—¿Sí?—Cuando he dejado al tratante de avena, me he dirigido á un pordiosero que parecía idiota, y le he hablado de Dios y sus santos, de la bienaventurada Virgen María, del maíz, de la cosecha de las patatas (notad que aun están en flor), y por último le he preguntado si quería servirme de guía hasta Lorveux, adonde, como sabéis, tenemos que dar una vuelta. «No puedo serviros, me ha contestado el idiota con aire socarrón.—¿Por qué? le he preguntado con el tono más estúpido que he podido.—Porque estoy comprometido para llevar á una hermosa señora y á dos caballeros como vos de Puy-Laurent á la Floctière.»—¡Demontrel esto se complica.—Al contrario, yo creo que se aclara.—Explicáos.—Esas confidencias dadas sin que nadie las pida, y en un país donde tan difícil es obtenerlas cuando se buscan, es un lazo en el que no cogerán á un viejo zorro como yo. La duquesa de Berry, si por ahí anda, no puede hallarse á la vez en Souday, en Beaupays y en Puy-Laurent: ¿qué decís á eso, señor sub-prefecto?—¡Pse! respondió este rascándose la oreja, digo que podría muy bien haberse encontrado sucesivamente en estos tres puntos; y por lo que hace á mí, os aseguro que sin tomarme la molestia de dirigirme á donde se ha refugiado, ó donde debe refugiarse, iría derechito á la Floctière, esto es, al punto que el idiota acaba de indicaros.—Vamos, ya veo que sois mal sabueso, replicó el general; el único informe verdadero que hoy hemos recibido, es el del perillán de la galleta.—¿Y los demás?—Apostaría mis entorchados de general contra la charretera de subteniente, á que los demás nos han

sido enviados por algunos tunantes que habiéndonos visto conversar con el alcalde han tratado de ponernos la ceniza en la frente. ¡Ea, señor sub-prefecto! manos á la obra, y á Souday, si no queremos llevarnos chasco.—¡Magnífico! exclamó el sub-prefecto, yo temía haber hecho una tontería; pero vuestras palabras me tranquilizan.—¿Qué habéis hecho?—Ya sé el nombre de ese labriego: Llámase Courtin, y es alcalde de la aldehuela de la Logerie.—La conozco: por poco ahorcamos en ella á Charrete treinta y siete años atrás.—Pues ese hombre me ha indicado un sugeto que podría servirnos de guía, y á quien sería prudente poner luego á buen recaudo á fin de que no volviese al castillo de Souday para dar la voz de alerta.—¿Quién es ese individuo?—El mayordomo y guarda del marqués; aquí traigo las señas. Y al decir esto entregó al general un papel que decía:

«Pelo canoso y corto; frente estrecha; ojos negros y vivos; cejas pobladas; una berruga en la nariz y las ventanas velludas; barba cerrada; sombrero chambergo; chupa, chaleco y pantalones de pana; polainas y cinto de cuero. Señas particulares: lleva un perro castaño de muestra, llamado León y un zurrón de caza; es mellado.»

—¡Bravísimo! exclamó el general; ese es mi tratante de avena, con todos sus pelos y señales, y así se llama él Terrien como yo Barrabás.—Luego podréis cercioraros de ello, general.—¿De qué manera?—Vendrá aquí dentro de pocos momentos.—¿Aquí?—Aquí mismo.—¿De grado?—De grado ó por fuerza.—¿O por fuerza, decís?—Cierto, pues le he mandado arrestar, y quizás ya se ha ejecutado á estas horas mi mandato.—¡Fuego de Dios! exclamó el general dando sobre la mesa tan fuerte puñetazo que el prefecto saltó en su silla. ¿Qué habéis hecho?—Me parece, general, que si realmente es un hombre tan peligroso como dicen, no habia más partido que arrestarle.—¡Peligroso! ¿Creéis que no lo es mucho más ahora que hace algunos minutos?—¿Y si está ya preso?—Creed que no le habrán detenido bastante pronto para privarle de dar la voz de alarma. La princesa estará sobre aviso antes que estemos á una legua de aquí, y aun dad gracias al cielo si vuestra imprudencia no nos ha echado encima todo este populacho: veréis como no nos será dado disponer de un solo hombre del destacamento.—Quizás aun sea tiempo, exclamó el sub-prefecto corriendo á la puerta.—Sí, sí, corred... ¡Voto á cribas! Es tarde.

En efecto, oíase un confuso rumor que por momentos aumentaba, hasta que estalló con el terrible rugido de una muchedumbre próxima á lanzarse á la lucha. El general abrió la ventana y vió á cien pasos de la posada á los gendarmes que llevaban atado á Juan Oullier. Rodeábales la multitud turbulenta y amenazadora: los gendarmes avanzaban con mucho trabajo, y sin embargo de que hasta entonces no habían tenido que apelar á las armas para abrirse paso, no había que perder un minuto.

—¡Ea! exclamó el general quitándose la levita y poniéndose el uniforme; ya principió la danza, y es preciso bailar.

Llamando luego á su secretario le dijo:

—¡Rusconi, mi caballo, aprisal y vos, señor sub-prefecto, procurad reunir á los nacionales si los hay; pero cuenta con disparar un fusil sin que yo lo mande.

En aquel momento entró un capitán enviado por el secretario.

—Vos, capitán, continuó el general, formad vuestra compañía en el patio; monten á caballo los cazadores de la escolta, con víveres para dos días y veinte y cinco cartuchos en la cartuchera, y estad pronto para salir á la primera señal.

Lleno de juvenil entusiasmo el anciano general bajó al patio, y enviando noramala á los paisanos ordenó que abriesen la puerta cochera que daba á la calle.

—¡Cómo! exclamó el sub-prefecto, ¿pensáis presentaros solo ante esos furiosos?—¡Vaya si pienso! Fuerza será que dejen pasar á los gendarmes. ¡Ea! á un lado, mala ocasión es esta para andarse con chiquitas.

Abrióse la puerta de par en par y dando el general dos fuertes espolazos al caballo, encontróse en medio de la calle y en lo más recio de la refriega. La aparición del anciano y apuesto militar, su enérgico semblante, su uniforme cubierto de condecoraciones, y sobre todo la audacia maravillosa de semejante acción, produjeron en la multitud el efecto de una chispa eléctrica; cesó como por encanto la gritería, bajáronse los palos, los aldeanos más próximos al general se destocaron, abriéronse las filas más apiñadas, y el soldado de Rivoli y de los Pirineos pudo avanzar hacia los gendarmes.

—¿Qué sucede, muchachos? gritó con voz tan atronadora que se oyó desde las calles adyacentes á la plaza.—Sucede

que acaban de prender á Juan Oullier, contestó una voz.—Y Juan Oullier es un hombre de bien, dijo otra.—Y á los hombres de bien no se les prende como á los malhechores, añadió otra voz. Por lo cual no permitiremos que se le prenda, exclamó un revoltoso más atrevido que los demás.

—¡Silencio! exclamó el general con acento tan imperioso que todos enmudecieron. Si Juan Oullier, como no lo dudo, es hombre de bien, se le soltará; si por el contrario, es uno de esos que tratan de engañaros abusando de vuestros buenos y nobles sentimientos, será severamente castigado. ¿Os parece injusto hacer un escarmiento en esos tunantes que intentan sumir de nuevo al país en esa serie de horribles desastres de que no pueden hablar los ancianos á los mozos sin que asomen las lágrimas á sus ojos?—Juan Oullier, repuso uno, es un hombre pacífico é inofensivo que no quiere mal á nadie.—¿Qué os falta? añadió el general sin hacer alto en esta interrupción: vuestros sacerdotes son respetados, vuestra religión es la nuestra. ¿Acaso hemos guillotinado al rey como en 1793 ó hemos abolido á Dios como en 1794? ¿Por ventura se atacan vuestras propiedades? No, pues están bajo la égida de la ley y la ley es igual para todos. Además, ¿cuándo ha estado vuestra comarca en un estado tan floreciente como en el día?—Es cierto, contestó un joven aldeano.—No deis oídos á los malos franceses que sólo procuran satisfacer sus pasiones egoístas, aunque sea á costa de afligir al país con todos los horrores de la guerra civil. ¿Acaso no os acordáis de ellos? ¿Tendré que recordaros el degüello de vuestros padres, esposas é hijos; la ruina de vuestras haciendas, el incendio de vuestras chozas, el terror y desconcierto generales?—*Los azules* son quienes hicieron todo eso.—Es falso, prosiguió el general, no son *los azules*, sino los que os arrastraron á una lucha insensata que hoy sería impía: entonces á lo menos tenía un pretexto, y ahora ninguno tiene.

Y mientras hablaba el general iba acercándose á los gendarmes, quienes hacían todos los esfuerzos para llegar á él, operación tanto más fácil en aquellos momentos, cuanto que la militar peroración del general hacía honda impresión en el ánimo de muchos aldeanos. Unos bajaban la cabeza y le escuchaban sin despegar los labios; otros hablaban quedo haciendo algunas reflexiones, que á juzgar por su aspecto eran conciliadoras; mas á medida que se aproximaba el ge-

neral al círculo formado al rededor de los gendarmes, encontraba ya rostros menos benévolos, siendo del todo amenazadores los más cercanos. Estos eran sin duda los de los caudillos de la sublevación, los jefes de partida, y con ellos era inútil todo arranque de elocuencia, pues estaban resueltos á no escuchar, ni dejar que los otros escuchasen: no gritaban, rugían.

Comprendiendo el general la situación, determinó imponerles con uno de aquellos actos de fuerza física que producen tanto efecto en la multitud. En la primera fila de los descontentos se encontraba Alain Poca-Alegría, cosa extraña atendido su achaque; pero Alain había sustituido sus piernas de palo con dos robustas piernas de carne y hueso. Estaba á horcajadas sobre los hombros de un mendigo de colosal estatura, quien mediante las correas que sujetaban las piernas postizas del tabernero, manteniale tan firme como el general en la silla. Viéndole éste gesticular y vociferar como un loco en su animado pedestal, asíóle por el cuello de la chupa, le tuvo suspendido un rato sobre las cabezas de los revoltosos, y arrojándole á un gendarme le dijo:

—Atad á ese títere, que acabaría por darme jaqueca.

Cuando el mendigo se vió libre de la carga que llevaba, levantó la cabeza, y el general conoció al idiota con quien había hablado por la mañana; mas entonces parecía más taimado que nadie. La acción del general excitó la risa de la muchedumbre. No duró mucho la hilaridad, pues asido Poca-Alegría por un gendarme á cuya izquierda se hallaba Oullier, sacó con disimulo una navaja abierta del bolsillo y clavóla hasta el mango en el pecho del gendarme gritando:

—¡Viva Enrique V! ¡Huye, Oullier!

Incitado al propio tiempo el mendigo por un legítimo sentimiento de emulación, quiso sin duda contestar dignamente á la atlética acción del general, y metiéndose debajo de su caballo, le cogió con fuerza por la bota y derribóle de la silla. Ambos cayeron á un tiempo; pero el general se levantó en seguida, y montando á caballo con tanta prontitud como destreza, descargó tan recio puñetazo en la cabeza del mendigo, que éste cayó sin proferir un grito y cual si le hubiesen partido el cráneo. Ni el gendarme ni el mendigo volvieron á levantarse; éste estaba desmayado, aquél era cadáver. Juan Oullier, aunque maniatado, dió un fuerte empujón al gendarme que le custodiaba, y al verle

tambalearse saltó por encima del cadáver y metióse entre la multitud. Mas como quiera que el general estaba atento á todo, dió una vuelta brusca é inesperada, lanzóse en medio de aquella viva oleada, y cogiendo á Juan Oullier como antes asiera á Poca-Alegría, colocóle atravesado sobre la silla. Entonces empezaron á llover piedras, y los aldeanos á tomar resueltamente sus posiciones ofensivas. Los gendarmes no perdieron ni una pulgada de terreno; rodearon al general formando un formidable círculo de bayonetas, y no atreviéndose la multitud á atacarles cuerpo á cuerpo, se limitó á apedrearles. De este modo avanzaron hasta corta distancia de la posada, en cuyo punto la situación del general y los suyos era sumamente crítica, pues los aldeanos estaban resueltos á no dejar á Juan Oullier en poder de sus enemigos. Hacíase más briosa la agresión, y á pesar de que ya estaban ensangrentadas algunas bayonetas, el ardimiento de los sublevados crecía por instantes. Felizmente á la distancia en que se hallaban los soldados, la voz del general podía llegar hasta ellos, y éste gritó:

—¡A mí, granaderos!

Abriéronse al punto las puertas de la posada, y cargando los soldados á la bayoneta rechazaron á los aldeanos. El general pudo penetrar con su escolta en el patio, donde le esperaba el sub-prefecto.

—Aquí tenéis á vuestro hombre, le dijo el general arrojándole Juan Oullier cual si fuera un costal; caro lo hemos pagado. ¡Quiera Dios que produzca lo que cuesta!

A todo esto se oyó un nutrido fuego á la otra parte de la plaza.

—¿Qué es eso? dijo el general con atento oído.—Sin duda es la guardia nacional á la que he mandado reunir, y que siguiendo mis instrucciones habrá empezado á dispersar á los amotinados.—¿Pero quién les ha mandado hacer fuego?—Yo, general; era preciso libraros.—¡Ira de Dios! bien veis que lo he hecho sin auxilio ajeno. Tened entendido, caballero, que en una guerra civil la sangre inútilmente derramada es más que un crimen: es una falta.

En esto entró al galope en el patio un oficial, diciendo:

—Mi general, los insurrectos huyen, y los cazadores vienen. ¿Queréis que se les persiga?—Nó, lo que quiero es que no se mueva ni un solo hombre; dejad obrar á la guardia nacional; son amigos y se entenderán.

En efecto, otro tiroteo anunció que los aldeanos y la guardia nacional se entendían. Estas eran las detonaciones que el barón Michel había oído desde la Logerie.

—Ahora, dijo el general, saquemos todo el partido posible de esta triste jornada. Todo depende de que ese hombre sea el único sabedor del secreto: oíd, gendarme: ¿habéis notado que comunicase con alguien después de su arresto?—
 —Nó, mi general, ni por señas, pues tenía las manos atadas.
 —¿No le habéis observado un movimiento de cabeza, no le habéis oído pronunciar alguna palabra? Ya sabéis que con esos tunantes basta un gesto, una sílaba, para decirlo todo y comprenderse.—
 —Nó, mi general.—Pues adelante; que coma la compañía, capitán; y dentro de un cuarto de hora emprendéremos la marcha: bastan los gendarmes y la guardia nacional para mantener el orden en la población. También vendrán con nosotros los cazadores para explorar el camino.

Dicho esto, entró el general en la posada y los soldados empezaron á hacer sus preparativos de marcha.

Entretanto Juan Oullier permanecía sentado en una piedra en medio del patio, con dos gendarmes por centinelas de vista. Conservaba la impasibilidad habitual de su semblante, y con las manos agarrotadas acariciaba á su perro, el cual apoyaba la cabeza en las rodillas de su amo, lamiéndole de vez en cuando las manos para manifestarle que aun le quedaba un amigo en el infortunio. Acariciábale su amo con una pluma de pato silvestre que había recogido en el patio, y aprovechando luego un momento en que los centinelas miraban á otro lado, púsola en la boca del animal, hizole una señal de inteligencia, y levantóse diciendo en voz baja:

—Anda, León.

El perro se alejó á paso lento mirando de vez en cuando á su dueño, y sin que nadie le viera traspuso la puerta y desapareció.

—Bueno, dijo para sí Juan Oullier; ese llegará antes que nosotros.

Desgraciadamente los gendarmes no eran los únicos que vigilaban al preso.

XIX

ASTUCIA DE JUAN OULLIER

Escasísimas son aun hoy día en la Vendée las buenas carreteras, y las pocas que cuenta se construyeron con posterioridad al año 1832, y por consiguiente á los sucesos que nos hemos propuesto relatar.

La falta de grandes vías de comunicación fué lo que más favoreció á los insurrectos en la gran guerra de la Vendée.

Digamos algo de las dos que á la sazón existían á la margen izquierda del río: la primera va de Nantes á la Rochela por Montaigu, y la segunda de Nantes á Paimbœuf costeando casi siempre la ribera del Loira. Hay además algunas carreteras de segunda clase ó trasversales, todas bastante malas, que cruzan el país desde Nantes á Beaufréau por Vallet; de Nantes á Mortagne, Cholet y Bressuire, por Clissón; de Nantes á Sables-d'Olonne, por Legé; y de Nantes á Challans, por Machecul.

Para ir de Montaigu á Machecul por esos caminos, era forzoso dar un gran rodeo, pues había que dirigirse á Legé, tomar luego el camino de Nantes á Sables-d'Olonne, seguirlo hasta su intersección con el de Challans, y después retroceder hasta Machecul. Muy bien comprendía el general que todo el éxito de la expedición dependía de su celeridad, para resignarse á hacer una marcha tan larga. Por otra parte, aquellos caminos no eran más favorables que los trasversales á las operaciones militares, pues orillados de anchas y profundas zanjas, de árboles y espesos matorrales, y encajonados casi siempre entre dos ribazos coronados de setos, eran en toda su extensión muy á propósito para las emboscadas, y las pocas ventajas que ofrecían no compensaban sus inconvenientes; así es que el general resolvió tomar el atajo que conducía por Vieilleville á Machecul y ahorraba como una legua y media de camino.

Merced al sistema de acantonamientos adoptado por el